Globethics Repository



La socialdemocracia liberal, la equidad y el buen capitalismo [The liberal social democracy, equity and good capitalism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Hutton, Will
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 19:33:00
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/217456

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista **Nueva Sociedad** Nº 236, noviembre-diciembre de 2011, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>**.

La socialdemocracia liberal, la equidad y el buen capitalismo

Will Hutton

¿Qué es el socialismo? ¿Acaso en algún país europeo la izquierda puede ofrecer una respuesta convincente? Como propuesta para un debate dentro de izquierdas en retroceso –con la excepción de los verdes–, el autor sostiene que el actual socialismo democrático es el descendiente y guardián de la Ilustración en la economía y la sociedad capitalistas de la actualidad, y no la fuerza de choque de la clase obrera europea, que se apodera a un ritmo constante de los puestos de mando de la economía para transformar las relaciones económicas y sociales. En tono polémico, atribuye a la izquierda el rol de luchar por un «capitalismo bueno».

La izquierda europea se encuentra perpleja, en estado de negación y en retroceso. Si hay algo que los electorados deberían haber aprendido en los últimos dos o tres años es que el capitalismo financiero constituye una amenaza para sí mismo y para el resto de la economía y la sociedad, y que los gobiernos son amigos de la gente. Es cierto que los banqueros no son populares, pero la opinión pública tampoco se ha unido en torno de la izquierda liberal. Por el contrario, en todas partes se considera que el enemigo es el gobierno –junto con la deuda y los déficits–, escasa recompensa por haber salvado la situación.

Las encuestas de opinión en Gran Bretaña muestran que la mayoría de los ciudadanos cree que la culpa de los males actuales la tienen aquellos que abusan del sistema de seguridad

Will Hutton: es vicepresidente ejecutivo de The Work Foundation (Reino Unido) y autor de *Them and Us: Changing Britain. Why We Need a Fair Society* (Little-Brown, Londres, 2011).
Palabras claves: socialdemocracia, liberalismo, equidad, igualdad, suerte, capitalismo.
Nota: traducción de Silvia Giménez Varela. La versión original en inglés de este artículo, «Liberal Social Democracy, Fairness and Good Capitalism», se publicó en Policy Network: *Priorities for a New Political Economy: Memos to the Left* (Londres, 2011) y la traducción al español se reproduce con la autorización de Policy Network, <www.policy-network.net>.

social, los inmigrantes y el despilfarro del gobierno, seguidos muy por detrás por los banqueros. Algo similar sucede en toda Europa. Es un clima poco propicio para generar cualquier tipo de apoyo para el activismo liberal de izquierda, y de hecho la propia izquierda liberal no está del todo segura de las características que debería tener tal activismo. ¿Qué es el socialismo, en cualquier caso? ¿Qué apariencia deberían tener una buena economía y una buena sociedad? ¿Acaso la izquierda puede ofrecer una respuesta convincente en algún país europeo?

En este vacío están surgiendo alarmantes movimientos nacionalistas, mientras que uno de los pocos elementos dinámicos de la izquierda son los partidos verdes. La izquierda convencional necesita hacer mucho mejor las cosas, especialmente por el bien de los trabajadores a los que se supone representa.

Sostengo que lo primero es pensar con claridad, y en este sentido hay que empezar por ocuparse de la relación de la izquierda con el capitalismo. La izquierda parlamentaria europea jamás va a socializar los medios de producción, y tampoco debería aspirar a hacerlo. No existe respaldo popular o base lógica alguna para generar un impulso de ese tipo, y aunque los hubiera, la lección del siglo xx es inequívoca: la socialización no funciona. Es económicamente ineficiente y favorece el autoritarismo. Esto no significa que no haya lugar para la propiedad pública o para la acción pública; lejos de ello. Pero se dan en un contexto muy diferente: la lucha por crear un capitalismo bueno y una sociedad abierta, que tiene sus raíces en la Ilustración europea.

El socialismo europeo, propiamente entendido como socialdemocracia, es el descendiente y el guardián de la Ilustración en la economía y la sociedad capitalistas de la actualidad, y no la fuerza de choque de la clase obrera europea, que se apodera a un ritmo constante de los puestos de mando de la economía para transformar las relaciones económicas y sociales. Se trata de un cambio de perspectiva fundamental, que tiene profundas ramificaciones y constituye la línea divisoria entre socialistas y socialdemócratas. Los socialdemócratas buscan aprovechar lo mejor del capitalismo, no transformarlo.

Capitalismo bueno *versus* capitalismo malo

Los primeros que se oponen a esto son, por supuesto, los propios capitalistas, a quienes les gusta afirmar que el camino más rápido hacia el dinamismo económico pasa por permitir que un capitalismo sea fiel a sus instintos atávicos, salvajes; que la distinción entre un capitalismo bueno y otro malo es una representación errónea de su naturaleza. Curiosamente, lo único

en lo que los ultracapitalistas están de acuerdo con los socialistas tradicionales es en que el capitalismo no puede cambiar sus manchas.

Sin embargo, ambos se equivocan. Existe capitalismo bueno y capitalismo malo. Está el capitalismo que recompensa debidamente a los emprendedores productivos, desafía a las empresas establecidas y asume riesgos calculados, creando el torbellino de actividad y energía que –como hasta el propio Marx reconoció– transforma el mundo. Está el capitalismo que reconoce que las empresas son creaciones sociales, y que lo que motiva a hombres y mujeres a lo largo del tiempo a inventar, renovar y abastecer sus mercados es un propósito común: crear algo útil y significativo de lo que puedan también extraer beneficios, en lugar de multiplicar artificialmente y a todo dar las rentas de sus activos.

Este tipo de capitalismo no es una fuerza de la naturaleza: es una construcción social, creada mediante una serie de decisiones políticas a lo largo del tiempo. No es independiente sino parte integral de lo social y lo político. Necesita que los gobiernos mantengan los mercados abiertos para que las empresas establecidas puedan ser desafiadas, pero también que inviertan en toda la gama de activos físicos, sociales y de conocimiento –desde la ciencia, pasando por las carreteras, hasta el fortalecimiento de la familia, la movilidad social y la independencia del sistema legal– de los que depende el capitalismo. Son las autoridades públicas, según el mandato democrático, las que establecen reglas para garantizar el cumplimiento de las obligaciones de las empresas, definen la relación entre las finanzas y el comercio y deciden cómo se ayuda a la gente común a sobrevivir a los riesgos de la vida: el desempleo, los problemas de salud, la vejez y la discapacidad. Así se crea un capitalismo bueno y la buena sociedad en la cual este tipo de capitalismo prospera. Por encima de todo, ese capitalismo está basado en un sistema de valores: la equidad (*fairness*), la proporcionalidad y el respeto mutuo.

El capitalismo malo es lo contrario; un universo de empresas establecidas ineficientes, mercados amañados políticamente, emprendedores productivos relegados al margen e insuficiente inversión pública. Importan demasiado poco las condiciones en las que vive la población y los riesgos que padece. Yo diría que Estados Unidos se encuentra en grave peligro de pasar de ser un país en el cual, en términos generales, se impuso el capitalismo bueno, a ser uno en el que el capitalismo malo es dominante. El futuro del siglo xxi dependerá de si este gran país es capaz de evitar que los intereses egoístas de las empresas establecidas y su ejército de expertos en *lobby* provoquen la osificación de su economía.

En Europa se está dando la misma lucha, pero en diferentes términos. Si bien la economía europea es abiertamente capitalista, no existen fuerzas políticas que defiendan en forma manifiesta la necesidad de un capitalismo bueno. Al desconfiar y oponerse al capitalismo sin proponer nada que ocupe su lugar, la izquierda cede el campo a la derecha o se ve forzada a demostrar sus credenciales proempresariales para obtener credibilidad, dejando a un lado las críticas al actual orden económico hasta el punto de perder el contacto con sus propias bases políticas. La clase obrera, sin un protector político, se convierte en presa de los nacionalistas y la extrema derecha.

La izquierda liberal debe estar animada por la equidad

La izquierda tiene que entender lo que el capitalismo bien gestionado puede ofrecer, y luego demostrar una paradoja: que solo la izquierda puede aportar la tensión política que logra que el capitalismo se incline hacia su lado bueno. Mientras que la derecha es amiga indistintamente de cualquier forma de capitalismo, la misión de la izquierda es obligar al capitalismo a rendir cuentas ante la Ilustración, y así hacer que funcione de la mejor forma posible para alcanzar los objetivos y cubrir las necesidades de la gente común. Pero esto no significa proteger hasta el límite cada aspecto del modelo social europeo; un capitalismo bueno necesitará flexibilidad, adaptabilidad y apertura por parte de la fuerza de trabajo, cuyos derechos y privilegios, especialmente en el caso de los sindicatos, pueden limitar la capacidad de los aspirantes para desafiar a las poderosas empresas establecidas tanto como los monopolios capitalistas.

El capitalismo camina por la cuerda floja. Su éxito depende de su capacidad para impulsar emprendimientos productivos que empleen el conocimiento para fomentar la productividad y el bienestar de la humanidad. Pero se encuentra permanentemente en un arriesgado equilibrio entre los peligros de ser capturado por las elites que buscan mantener su estatus y su posición mediante la manipulación y el falseo de las ganancias, y la degradación hacia la extorsión, la explotación y la especulación. Estas elites pueden estar constituidas por banqueros, infocapitalistas o monopolistas, pero también por sindicatos poderosos. La paradoja es que lo único que puede mantener el capitalismo en la cuerda floja es el compromiso con la equidad, y esa es la tarea fundamental e indispensable de la socialdemocracia.

Dado lo ocurrido en los últimos años, puede parecer excéntrico, incluso quijotesco, hacer hincapié en el papel de la equidad como el valor indispensable del capitalismo para generar capitalismo bueno. La derecha responde que

solo un santo o un inocente podría ser tan ajeno al mundo como para exigir equidad del capitalismo. Claro que el capitalismo, la ley del más fuerte, es injusto. Pero también lo es la vida. Es una lotería. La inteligencia, el talento, la belleza y el entorno familiar son arbitrarios. Algunos nacen con suerte, y otros no. Exigir equidad de cualquier economía y sociedad atenta contra la forma en que la naturaleza reparte sus cartas. ¿Equidad? Seamos realistas. Esta es otra de las quimeras de la izquierda.

Pero la injusticia no es un hecho predeterminado, una consecuencia de la lotería de la vida o algo que simplemente tenemos que aceptar en nombre del bien mayor de la eficiencia económica. Se puede actuar sobre ella y reducirla. El pensamiento secular –y por supuesto también el religioso– siempre ha estado animado por la noción de que a las personas buenas les pasan cosas buenas, y a las malas, cosas malas. Y esto debería ocurrir de forma proporcional e imparcial. Los seres humanos sabemos que existe una relación entre las intenciones y las acciones, y queremos recompensar las buenas intenciones y castigar las malas. Creemos fervientemente que cada uno debería recibir lo que se merece, en proporción a lo malo o bueno que haya aportado. Es significativo que casi todas las civilizaciones hayan representado la justicia con una balanza, que simboliza la relación proporcional entre el castigo por hacer el mal y la recompensa justa por hacer el bien. La equidad, vista en estos términos, debe ser el sistema de valores que anime a la izquierda liberal.

La recompensa justa y la proporcionalidad

La base misma de la moralidad es que cada uno debería recibir su recompensa justa (*due desert*). Un capitalismo que intente proceder como si estos instintos no fueran relevantes fracasa muy rápidamente; del mismo modo, un socialismo que no da lugar a la responsabilidad individual y al poderoso deseo de los seres humanos de obtener una recompensa justa, desciende en seguida hacia una utopía impracticable. No podemos justificar la conducta individual como el resultado de fuerzas y estructuras que escapan al control de cualquier individuo. Los socialdemócratas deberían hacer las distinciones apropiadas entre los ricos merecedores y los ricos no merecedores. Asimismo, deberían estar dispuestos a distinguir entre los trabajadores merecedores y los no merecedores, y entre los pobres merecedores y los no merecedores. Marx remarcó esto mismo a los socialistas franceses en su *Crítica del Programa de Gotha*. El exceso de izquierdismo ha devenido en una utopía en la que todos los malos resultados se achacan al «capitalismo», y nunca a la indolencia individual, las trampas o la falta de autodisciplina.

Sin embargo, también es cierto que el capitalismo sin equidad se vuelve tóxico. Genera ganancias y riquezas fuera de toda proporción con cualquier contribución social o económica que pueda hacer, y hace que todos aquellos que no pertenecen a un estrecho círculo de privilegiados se pregunten por qué la sociedad distribuye las recompensas de forma tan injusta. La gente comienza a cuestionar si tiene algún sentido elegir una carrera vocacional –en agricultura o ganadería, docencia, medicina o ciencia– cuando la sociedad la recompensa tan mal, mientras que recompensa generosamente a quienes estudian finanzas. Los cuestionamientos que genera esta injusticia son como un virus que se propaga por todo el sistema. La aparición de partidos y agrupaciones políticas centrados en una sola causa –la Liga de Defensa Inglesa, los Auténticos Finlandeses, la Liga Norte de Italia, el Partido de la Libertad de Holanda o el Partido Popular Danés–, basados en diverso grado en la sospecha xenófoba hacia los extranjeros, no se puede explicar simplemente afirmando que Europa se ha vuelto de repente más xenófoba, o incluso más racista de lo que solía ser. Esto ha ocurrido porque una sensación de injusticia ha ingresado en el torrente sanguíneo.

Europa no cuenta con partidos de centroizquierda fuertes, ni con cuerpos de ideas que le permitan canalizar la ira contra el funcionamiento del capitalismo, porque no posee un lenguaje para diferenciar entre el capitalismo bueno y el malo; en su lugar, la ira se dirige contra el «otro» extranjero –el musulmán, el inmigrante europeo o el no blanco–. No han contribuido al fondo común: puede que esto sea folclore, pero la percepción generalizada es que los inmigrantes tienen acceso inmediato a educación, vivienda y servicios de salud, sin haber contribuido en nada. De hecho, se los ve como tramposos. La confianza se diluye y reina la sospecha, lo cual crea un clima que corroe las relaciones tanto económicas como sociales.

Pero para argumentar a favor de cualquier noción de capitalismo bueno y de la buena sociedad necesitamos basarnos en una noción común de equidad, y actualmente no existe ninguna. Los ricos sostienen que es justo que ellos sean tan ricos. Los ricos de Europa creen, cada vez más firmemente, que deben poco o nada a la sociedad, el gobierno o las instituciones públicas. No aceptan límites o proporcionalidad a su riqueza, y solo se comparan con otros ricos, una actitud que se refleja perfectamente en la forma petulante en que los banqueros defienden sus extravagantes y desproporcionadas bonificaciones. Incluso amenazan con irse de Gran Bretaña o Europa si estas se reducen… En este contexto, las donaciones filantrópicas están en declive, la evasión tributaria está en alza y los sueldos de los ejecutivos están aumentando en forma exponencial. Y

todo se justifica por la doctrina según la cual los ricos simplemente merecen ser ricos. Mientras, para ellos –y para los virulentos medios de la derecha–, los pobres merecen en buena medida su difícil situación, ya que podrían haber hecho otras elecciones. Los pobres podrían trabajar, ahorrar y mostrar algo de iniciativa. Entonces, ¿por qué ser indulgentes con ellos otorgándoles ayuda del Estado?

Y es por esto que la reforma bancaria, si bien es vital para la estabilidad del sistema y para reducir las bonificaciones, solo hace frente a parte del problema. Los bancos no podrían haber actuado como lo hicieron si no hubieran existido deformaciones más amplias en nuestra cultura y práctica empresariales. Pero para que algo funcione, el edificio moral que justifica la resistencia al cambio de las elites empresariales debe ser desafiado. El principio de «recompensa justa» forma parte de la cultura europea y debe ser reafirmado. La mayoría de los europeos no somos ciegamente igualitarios. Pero tampoco creemos que la riqueza en sí misma refleje el valor intrínseco de las personas. Creemos que hay que ganársela, y que las recompensas deberían ser acordes con el esfuerzo discrecional. La proporcionalidad es un valor fundamental. Su degradación por parte de los líderes empresariales y del mundo de las finanzas corre el riesgo de generar una reacción populista impulsada no por la envidia, como se afirma con ligereza, sino por un instinto humano visceral.

La suerte y la contingencia

La definición de la equidad no se agota en la noción de recompensa justa: se extiende a la consideración del rol de la suerte, que claramente juega un papel en el porvenir de cualquier individuo. Todo el mundo entiende la importancia de la buena y la mala suerte. Existe la «suerte opcional» (*option luck*), aquella que nos ganamos mediante nuestro esfuerzo y diligencia; si alguien ha trabajado duro por su buena fortuna, entonces su éxito y consiguiente riqueza son justos. Una de las razones por las cuales EEUU tolera mejor la disparidad de ingresos y riqueza que los europeos es la creencia generalizada –aunque errónea– de que su sociedad es lo suficientemente abierta y que las grandes fortunas son merecidas. La fortuna de los estadounidenses ricos suele ser fruto de su recompensa justa. Pero los europeos, que habitan un continente más antiguo, donde la acumulación de riqueza por nacimiento es más habitual, la ven con más sospecha. La cultura europea es más consciente de que la contingencia juega un papel enorme en el hecho de ser pobre, como también en el hecho de ser rico. Se trata de una suerte que no hemos hecho nada para merecer, «buena suerte bruta» (*brute good luck*). No podemos ser

indulgentes con los ricos por haber tenido la suerte de tener los padres adecuados, del mismo modo que no podemos culpar a los pobres por ser hijos de sus padres.

Las categorías de buena y mala suerte bruta constituyen mejores vehículos para argumentar a favor de la intervención colectiva que las invocaciones a la igualdad –la forma en que la izquierda suele argumentar a favor de, por ejemplo, la seguridad social, o el impuesto a la herencia–. Nadie está convencido de que la pura igualdad sea justa; podría no premiar el esfuerzo o no penalizar a los que evaden sus responsabilidades, como señaló Marx. Pero la buena y la mala suerte bruta transcienden estas consideraciones; son parte de la condición humana y, evidentemente, parte de nuestra dimensión social consiste en actuar en conjunto en el plano social para aliviarlas. De pronto, el argumento a favor de la salud pública o la seguridad social se ve transformado. Ya no se trata de argumentos «socialistas», «liberales» o «de izquierda», sino que tienen raíces mucho más profundas: en la mitigación de la mala suerte bruta.

Por ejemplo, nadie puede conocer las características de su genoma, y aunque así fuera, no podría hacer nada al respecto; la predisposición de nuestro cuerpo a contraer enfermedades debilitantes –desde el cáncer hasta la demencia– es cuestión de mala suerte bruta. Está claro que la sociedad debería aunar esfuerzos para asegurar que cada uno de sus miembros esté a salvo de la mala suerte bruta de los problemas de salud, así como de los riesgos del desempleo, la discapacidad y la vejez. En mi opinión, estos beneficios son derechos adquiridos, pero a fin de protegerlos contra las acusaciones de la derecha de que, para muchas personas, recibir prestaciones sociales constituye un estilo de vida, o de que la provisión de servicios de salud pública es propia del socialismo, me parece fundamental que se establezcan vínculos claros entre contribuciones y beneficios. Hacemos aportes para nuestra jubilación, salud pública y seguro de desempleo; recibirlos es nuestra justa recompensa, y no le corresponde al Estado evaluar y decidir quién tiene derecho a recibirlos en función de los recursos de los que disponga.

Asimismo, la noción de suerte transforma el debate sobre los impuestos. El impuesto a la herencia, por ejemplo, no es un «impuesto a la muerte»: es un impuesto mediante el cual «todos participamos de su buena suerte». La equidad también es una herramienta para hacer frente a la cuestión de la inmigración. La gente común de clase trabajadora reacciona con fiereza ante la idea de que el inmigrante recién llegado pueda automáticamente beneficiarse de todos los servicios sociales –especialmente los relacionados con la vivienda– sin antes haber

contribuido. Esto viola un canon fundamental de la equidad. A los inmigrantes se les debería dar la oportunidad de ganarse los beneficios con el tiempo; los plenos derechos de la ciudadanía social son derechos adquiridos, es decir, hay que ganárselos, sin importar la condición étnica o la religión. De este modo, el debate se seculariza y se eliminan las connotaciones raciales.

Pero por encima de todo, la mitigación de la buena y la mala suerte bruta es la razón por la cual a la izquierda le importa la movilidad social, y la razón por la cual defendemos la importancia de contar con la mejor y más fuerte infraestructura de vivienda, educación y capacitación para ayudar a los desfavorecidos a vivir una vida que también ellos tengan motivos para valorar. Es posible que la mejor forma de conseguir esto sea a través de una red de instituciones sociales intermediarias –consorcios de vivienda social, colegios universitarios independientes, etc.–, en lugar del Estado central; pero la tarea debe llevarse a cabo como un acto de movilización social.

La equidad y el capitalismo bueno

Aunque los principios de la equidad –la recompensa justa, la proporcionalidad, la buena y mala suerte– se aplican al ámbito social, también funcionan eficazmente en el ámbito económico. En paralelo a la necesidad social de crear y mantener una red de instituciones sociales basadas en los pagos y beneficios recíprocos para mitigar el riesgo, existe la misma necesidad en el ámbito económico. La debilidad central del argumento a favor del libre mercado, ultracapitalista, formulado por la derecha económica y política especialmente en EEUU, es que ignora por completo la realidad del riesgo y la imprevisibilidad del futuro. La genialidad del capitalismo reside en su capacidad de incorporar lo nuevo mediante un proceso de experimentación constante, creando nuevos modos de producción a partir de los avances científicos y tecnológicos. Pero esto es necesariamente un proceso muy arriesgado. Los emprendedores nunca pueden saber si su idea o emprendimiento va a funcionar. Los acosan los riesgos y la conciencia de que es posible que su trabajo duro y su creatividad no reciban su recompensa justa.

Los economistas europeos de todo el espectro político –Friedrich Hayek, Joseph Schumpeter, John Maynard Keynes, Frank H. Knight– siempre han sido más conscientes de la incertidumbre existencial, y de cómo esta genera inestabilidad e inequidad en el capitalismo, que la tradición económica de EEUU, que trata de eliminar la noción de la incertidumbre de sus teorías acerca del capitalismo. Por ejemplo, los agentes económicos tienen expectativas racionales y los mercados siempre tienden a equilibrarse

mecánicamente y a organizarse en forma óptima. De este modo, los mercados son deificados, considerados casi perfectos, mientras que ni siquiera los teóricos europeos más favorables al mercado, como Hayek, afirmarían jamás algo tan absurdo. Keynes entendió muy bien el argumento de Hayek, según el cual, en esencia, el capitalismo es un excelente proceso de descubrimiento y experimentación: por lo tanto, si como consecuencia de esto los mercados son inestables y se ven asediados por una profunda incertidumbre, entonces el Estado democrático debe funcionar como un poder compensatorio para ayudar al capitalismo a dar lo mejor de sí.

Por lo tanto, el argumento no es solo en favor de las políticas fiscales y monetarias activas –especialmente después de una crisis crediticia–, sino también a favor de que el Estado impulse activamente la iniciativa y el espíritu empresarial. Solo el Estado es capaz de mitigar los riesgos que afectan a la empresa capitalista. Las empresas prosperan de forma óptima cuando están rodeadas de una red de instituciones que mitigan los riesgos –un ecosistema de innovación e inversión–, y el Estado debe garantizar que tal ecosistema exista y que funcione bien, y debe financiarlo.

Algunos de los elementos necesarios pueden surgir espontáneamente de la operación de los mercados –desde el capital de riesgo hasta los seguros por contratos de alto riesgo–. Pero muchos otros, no. Universidades y centros de investigación que desarrollen nuevos conocimientos; institutos de transferencia de tecnología; parques tecnológicos; bancos e instituciones financieras que apoyen nuevos emprendimientos; institutos que capaciten a los trabajadores; garantías de precios a largo plazo, de modo que las inversiones vitales en la infraestructura de hoy sean económicamente viables; todos estos son ejemplos de intervenciones necesarias en los así llamados «procesos naturales» del capitalismo, que permiten a las empresas manejar mejor el riesgo y crear riqueza y trabajos.

Un capitalismo bueno, pues, tiene dos propiedades claves: un sistema empresarial en el que las ganancias de los propietarios y administradores son proporcionales al riesgo que corren, en lugar de que el ganador se lo lleve todo, junto con instituciones política y socialmente construidas que ayuden a mitigar el riesgo, lo que permite que se arriesgue más. El argumento de la derecha que sostiene que las empresas exitosas se basan en el individualismo, el derecho de propiedad sin restricciones, los impuestos bajos y la escasa regulación es un disparate. Las empresas exitosas prosperan en capitalismos buenos en los que los riesgos son mitigados y compartidos, y donde los propietarios reconocen las responsabilidades recíprocas, así como sus derechos.

El lugar de trabajo y la equidad de los procedimientos

A medida que la economía del conocimiento pase a dominar la actividad económica, aumentarán los riesgos y las instituciones sociales también tendrán que cambiar para ajustarse a ellos. La derecha tiene razón al afirmar que el excesivo arraigo de los derechos laborales –por ejemplo, las generosas indemnizaciones por despido– genera aún más riesgos para las empresas.

Pero la solución que proponen –reducirlos o eliminarlos– es demasiado dura. Traspasa el riesgo al trabajador común. En lugar de esto, es necesario rediseñar el sistema interconectado de trabajo, capacitación y seguridad social, un argumento a favor de la «flexiguridad». Es posible que haya que restringir los derechos laborales que desincentivan las nuevas contrataciones y la expansión del empleo, pero solo si se los reemplaza en tres aspectos claves:

- en primer lugar, el seguro de desempleo debe aumentarse, de modo que los trabajadores que se encuentran entre empleos no sufran una pérdida de ingresos que pueda dañarlos;
- en segundo lugar, deberían invertirse los fondos asignados a las indemnizaciones por despido en capacitar continuamente a todo el personal;
- finalmente, el gobierno debe garantizar el trabajo como empleador de última instancia, como lo hizo la Agencia para la Mejora del Trabajo (Works Progress Administration) de la administración de Franklin D. Roosevelt en la época del New Deal.

La equidad socialdemócrata exige nada menos que una buena sociedad en la que el capitalismo bueno pueda prosperar. La «flexiguridad» es una forma justa de gestionar y mitigar los nuevos riesgos y la mala suerte bruta que se da en las aceleradas economías del conocimiento.

Hay una última dimensión de la equidad, quizás la más importante. La gente le da una enorme importancia a la equidad de los procedimientos. Quieren voz, participación e imparcialidad de juicio no solo en el ámbito público, sino también en el lugar de trabajo. La democracia y el Estado de derecho son, por supuesto, dimensiones fundamentales de la equidad, pero también lo es la representación eficaz en el lugar de trabajo. Los sistemas políticos y mediáticos de un país son justos y legítimos en la medida en que permiten la expresión del universo de opiniones y el desafío a los actores establecidos por parte de los aspirantes económicos, sociales y políticos. Pocas democracias occidentales se corresponden con este ideal hoy en día, y el resultado es un empantanamiento económico y político. Hay demasiado poder corporativo que no está siendo desafiado, ni por los políticos ni en los lugares de trabajo. Uno de los aspectos más positivos del modelo europeo

es el sistema de comités en los lugares de trabajo, que al menos obliga a las empresas a consultar e informar. Asimismo, demasiados aspectos de la política son predecibles en un entorno en el que los políticos buscan satisfacer los intereses de diversos grupos de interés bien arraigados en lugar de expresar un propósito moral y mostrar liderazgo. La izquierda es igualmente culpable –quizás aún más– que la derecha. Pero mejorar esta situación exige tanto un anclaje moral como un proyecto político.

El atractivo popular de la socialdemocracia liberal

La definición de la equidad que aquí se ofrece es radical. Se trata de algo distinto de la igualdad, pero no por ello es menos exigente. Es un desafío a cuestiones económicas y morales que han sido ignoradas durante las dos últimas décadas: la tolerancia de las enormes disparidades en términos de riqueza y poder, y la fe ciega en el individualismo y los mercados. Constituye, en mi opinión, el sistema de valores que sustenta a la socialdemocracia liberal. Es liberal porque reconoce que las acciones individuales deben ser adecuadamente recompensadas o sancionadas; pero es socialdemócrata porque busca utilizar el poder social, colectivo, sujeto a mecanismos de supervisión, para mitigar la buena y la mala suerte bruta. En mi opinión, ofrece una hoja de ruta para que la izquierda europea se reinvente y logre el apoyo popular. En resumen: la equidad es el valor indispensable en el que se basan tanto el capitalismo bueno como la buena sociedad, y constituirá la piedra angular de cualquier nuevo orden sostenible.

FOREIGN AFFAIRS
Latinoamérica

2011 México Vol. 11 Nº 4

ASIA, MOTOR DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO
DERECHOS HUMANOS Y DEMOCRACIA

ESCRIBEN: Thomas Legler, Luis Carlos Ugalde, Sebastián Albuja, Laura Rubio, Mario Waissbluth, Jaume Giné Daví, Salvatore Babones, Éric Tardif, Michael Walzer, Anders Fogh Rasmussen, Michael L. Ross, Michael Spence, Steven Rattner, David G. Victor, Kassia Yanosek, Mark Kleiman, Rafael Velázquez F.

Foreign Affairs Latinoamérica *es publicada cuatro veces al año por el Instituto Tecnológico Autónomo de México, Río Hondo Nº, Col. Tizapán San Ángel, CP 01000, México, DF. Tel.: (5255) 5628.4096. Suscripciones y ventas: <www.fal.itam.mx>.*